



El camino cruel

*Un viaje por Turquía,
Persia y Afganistán
con Annemarie
Schwarzenbach*

ELLA MAILLART

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones



ELLA MAILLART

GINEBRA, 1903
CHANDOLIN, 1997

Escritora, viajera, fotógrafa, etnógrafa, fue una de las personalidades femeninas más destacadas de la literatura viajera del siglo XX. Alentada por unos padres poco convencionales, pronto destaca en el deporte de vela representando a su país en los Juegos Olímpicos de 1924. También funda en 1916 el primer Club Suizo de Hockey sobre Hierba femenino.

Muy joven se traslada a vivir a Inglaterra, Francia y Berlín ejerciendo las más pintorescas profesiones. En esta última ciudad traba relación con emigrados rusos y a los 26 años toma la decisión de viajar a la URSS para observar qué se esconde tras el Régimen Comunista, una aventura apoyada económicamente por la viuda de Jack London.

En Moscú se une a un grupo de jóvenes deportistas que viajan a Svanetia, la región norte de Georgia, para lo cual tienen que franquear el macizo central del Cáucaso a pie por el valle de Baksan y el paso Betcho. Será el comienzo de sus cinco largos viajes por Asia, a veces sola, en mulo, camello o andando, como el que realiza al Tusquestán soviético, atravesando Kirguistán y las montañas Tien Shan; o el largo trayecto en compañía del periodista Peter Fleming desde China a Cachemira atravesando el Koko Nor, la meseta Tsaidam, y Sinkiang. En 1939 se embarca con su amiga la escritora Annemarie Schwarzenbach en un largo viaje de seis meses por tierra en automóvil hasta Kabul, de donde saldrá el relato *El camino cruel*.



El camino cruel

Un viaje por Turquía, Persia y Afganistán
con Annemarie Schwarzenbach

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

Título original: *The Cruel Way*. Primera edición: 1947 (Londres)
Título de la primera edición en francés: *La voie cruelle*, 1952 (Ginebra)

Título de esta edición:
El camino cruel. Un viaje por Turquía, Persia y Afganistán
con Annemarie Schwarzenbach

Primera edición en LA LÍNEA DEL HORIZONTE Ediciones: mayo de 2015

© de esta edición: LA LÍNEA DEL HORIZONTE Ediciones
www.lalineadelhorizonte.com | info@lalineadelhorizonte.com
Tel: +00 34 912 94 00 24

© de los textos: Ella Maillart, 1987 ; Editions Payot Paris, 1988 ;

Éditions Payot & Rivages, 2001

© del prólogo: Patricia Almarcegui

© de la traducción: herederos de Francesc Payarols i Casas

© de la actualización y revisión de la traducción: Ricardo Martínez Llorca

© de la maquetación y el diseño gráfico:

Cristina Caballero | Montalbán Estudio Gráfico

© de la maquetación digital: Valentín Venzalá

© de la fotografía de cubierta: Gilbert Meilan/Musée de L'Elysée. Lausanne

Depósito Legal: M-12250-2015 | ISBN: 978-84-15958-31-4 | IBIC: WTF;1F
Imprime: Cofás | Impreso en España | Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

EL CAMINO CRUEL

UN VIAJE POR TURQUÍA,
PERSIA Y AFGANISTÁN CON
ANNEMARIE SCHWARZENBACH

-

ELLA MAILLART

-

PRÓLOGO DE PATRICIA ALMARCEGUI

-

TRADUCCIÓN DE FRANCESC
PAYAROLS I CASAS

-

COLECCIÓN
FUERA DE SÍ. CONTEMPORÁNEOS
Nº4

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

ÍNDICE

El libro más feliz. Por Patricia Almarcegui	(12)
La idea	(26)
La partida	(33)
Italia	(42)
Yugoslavia	(48)
Sofía	(58)
Estambul	(70)
Mar Negro	(76)
La Cordillera Póntica	(86)
Bayaceto	(95)
Azerbaiyán	(108)
Carreteras	(122)
Nikpeh	(131)
Sultanieh	(139)
Teherán	(143)
Gumbad-i-Kabus	(152)
Khorasán	(164)
Meshed	(175)
Abbas Abad	(184)
La frontera	(193)
Herāt	(202)

Bala Murghab	(214)
Chibargan	(227)
Turquestán	(240)
Puli Jumri	(248)
Do-Au	(263)
Bamiyán	(273)
Band-e Amir	(281)
Bagram	(291)
Kabul	(301)
Mandu	(314)
Fechas	(322)
Bibliografía	(324)

EL LIBRO MÁS FELIZ

Nicolás Bouvier siempre creyó que *El camino cruel* era el libro más feliz de Ella Maillart. Él sabía de qué hablaba, era uno de los mejores escritores de literatura de viajes del siglo XX y, en 1991, había publicado *Ella Maillart ou la vie immédiate*, una obra que incluía fotos de la aventurera y textos del escritor, hasta la fecha uno de los retratos más completos que existen de Maillart. *El camino cruel* es un libro intenso, reproduce el ritmo sincopado del viaje y presenta acontecimientos bellos y felices. Y estos últimos no habrían tenido lugar, si no fuera porque fue un trayecto compartido, dos experiencias que duplicaron el movimiento del alma que sufre el viajero que sale voluntariamente de su contexto. La gran viajera Ella Maillart partió con la gran viajera Annemarie Schwarzenbach.

En junio de 1939 dos mujeres valientes y de una originalidad inaudita emprendían un viaje en un Ford Roadster Deluxe de dieciocho caballos cargado de material fotográfico por los Balcanes, Turquía, Irán y Afganistán. Mientras, en Europa, estallaba la Segunda Guerra Mundial. Una y otra habían sido comisionadas por medios de prensa europeos para escribir crónicas y artículos durante el itinerario. Schwarzenbach para el *Neue Zürcher Zeitung* y Maillart para *Le Petit Parisien*. Ambas publicarían más tarde dos libros fruto de sus experiencias: Schwarzenbach, *Alle Wege sind offen. Reise nach Afghanistan* (1939) y Maillart, quien eligió el inglés para escribir, *The Cruel Way* (1947), cinco años después de la muerte de su compañera.

Dentro del amplísimo panorama de la literatura de viajes, no existe ningún otro texto en el que la relación que mantienen dos viajeros, además viajeras, sea tan relevante a la hora de condicionar la percepción y la escritura del itinerario. De hecho, creo que no hay ningún otro viaje descrito en primera persona del plural en el que los viajeros sean protagonistas o coprotagonistas del mismo. Así, si la descripción es el eje central de la literatura de viajes y la acción lo es de la novela, en *El camino cruel*, el diálogo de Schwarzenbach y Maillart, más propio del género de ficción, adquiere tal importancia que se convierte en uno de los nudos principales. Los destinos, los paisajes, los habitantes, las reflexiones del viaje y Oriente como absoluto, conviven al mismo nivel que el diálogo entre las dos aventureras.

A Schwarzenbach le gustaba viajar sola y Maillart, en cambio, ya había compartido otras travesías en velero con su amiga Miette. A pesar del deseo de compartir un viaje con Schwarzenbach duda del resultado, más exactamente, de «cuánto nos soportaremos».

Las dos tienen un mismo propósito: huir de Europa ante la guerra inminente. Schwarzenbach viaja, según su compañera, «con el propósito, a cada nueva partida, de olvidar su última crisis emocional» y Maillart «buscando siempre en la lejanía el secreto de una vida armoniosa». Sus objetivos profesionales son diferentes. Maillart es periodista y Schwarzenbach, escritora. Dos actitudes que condicionan definitivamente el estilo de cada uno de sus libros de viaje, como bien reconoce Maillart cuando se refiere a su amiga: «Si es usted escritora innata, llegará el momento en que su inspiración, intensísima, hará que se sienta como arrastrada por su trabajo (...). Para mí, usted es una poetisa y no una periodista. Dentro de sí misma es donde debe mirar, y no la guerra»;

parten a la búsqueda de lo absoluto y de lo inconmensurable, pero, mientras Schwarzenbach encuentra en lo extraño de Irán y Afganistán su propio interior, ajeno y doloroso a sí misma, Maillart encuentra un lugar desde el que pensar y reflexionar sobre el ser humano. Quizás porque, entre otras cosas, *El camino cruel* fue un trayecto compartido, su viaje más feliz, en el que «cada detalle tiene la precisión, no sólo de lo que se ve por vez primera, sino de lo que no puede compararse con nada más».

PATRICIA ALMARCEGUI

Escritora y Profesora de Literatura Comparada

*A Cristina
In memoriam*

Cristina, estoy privada de la profundidad que vivía en su mirada, de su universal exigencia, de su inextinguible sed de lo absoluto.

Cuando la noticia de su muerte me hirió como una impostura, mi pensamiento trazó el camino que recorrimos juntas. Y lentamente, penosamente, fue aumentando el número de estas páginas. Aunque en algunas no aparezca se evocación, usted está presente en cada una de ellas; cada una es un reflejo del tormento y del remordimiento que me unieron a sus pasos. ¿Podrá perdonarme mis torpezas y mis errores, al recordar sus gestos? Usted conoce mi corazón, mi admiración y respeto por su integridad... y sabe muy bien que es imposible pintarla. Ojalá estas páginas me ayuden a acordarme de que solo exigiéndolo todo es como podemos esperar conseguir «aquello sin lo cual», decíamos, «la vida no merece la pena ser vivida».

Trivandrum, 1945 - Chandolin, 1948

LA IDEA

—Si mañana, cuando la lleve a la estación, no hace más calor que hoy, mucho me temo que tengamos avería: el coche no puede resistir fríos tan intensos.

Cristina soltó esta observación de paso, y yo apenas la oí. Mi pensamiento estaba todavía en Praga, pues ella acababa de pintarme el alma de esta ciudad, la vida de sus amigos checos, su impotencia y desesperación ante la osadía de un enemigo más próximo y más implacable cada día que pasaba.

Estábamos las dos mirando a través de los cristales de la casa de campo que Cristina tenía en la alta Engadina. El invierno hacía de las suyas. Al lado opuesto del valle, unas nubes ocultaban las laderas del Fextal, donde, aquella misma mañana, habíamos estado esquiando entre alerces de un luminoso rojo pardusco. Un cielo bajo y encapotado se cernía sobre el valle lívido, sin sombras y como un muerto. A pesar de hallarnos en los Altos Alpes, la región parecía llana y vasta, pues la casa estaba construida al borde de un lago helado, cubierto por numerosas capas de nieve. Esta austera desolación era lo único que nos separaba del horizonte donde el collado de la Maloja conduce a Italia.

Probablemente, Cristina habría añadido:

—El pobre coche está en las últimas, y mi padre me ha prometido un Ford.

Yo solo oí esta última palabra. Se diría que ella fue la responsable de todo lo que siguió. Ha bastado una palabra para ordenar ideas dispersas, para hacer cristalizar propósitos imprecisos en un proyecto firme y concreto.

Como un eco venido de lejos, oigo una voz, parecida a la mía, que dice:

—¡Un Ford! Es el coche ideal para seguir la nueva carretera del Hazarajat, en Afganistán. También en Persia hay que tener coche propio. Hace dos años, hice un viaje de la India a Turquía en camiones y autobuses: no olvidaré fácilmente aquella travesía rica en polvo y averías, aquel fervor de los peregrinos, aquellas noches pasadas al borde de la carretera o en los caravasares abarrotados, la alerta policíaca en todos los pueblos que cruzábamos y, detalle que no puede tomarse a broma, la necesidad de permanecer junto al camión en lugar de vagabundear a sus anchas.

En las nubes que coronaban la Maloja, una difusa claridad parecía indicar la carretera; tras una zambullida de mil quinientos metros en la calurosa Lombardía, se colaba por entre los Balcanes y nos llevaría hasta el Bósforo, puerta abierta sobre las inmensidades asiáticas. Mi imaginación estaba ya en Persia.

«Al este del Caspio visitaremos la inolvidable torre del Gunbad-i-Qabus y acamparemos entre los turcomanos de Persia: tal vez siguen aún fieles a las costumbres que no pude observar entre sus parientes transformados por los soviéticos. Veremos la áurea cúpula de la Mezquita del Imán Reza, preciosa bola lisa y compacta que apunta al cielo. Llegaremos luego a los dos Budas gigantescos, esculpidos en las paredes del valle de Bamiyan, tan puro, y, en la misma región, a los lagos, increíblemente azules, del Band-i-Amir. Más lejos aún, al pie de la vertiente septentrional del Hindu-Kush, remontaremos el valle del antiguo Oxus, y desapareceremos en las montañas antes de que pueda detenernos una orden dictada en Kabul. Allí viven las gentes que pienso estudiar, en un país donde me siento como en casa. Son los montañeses no esclavizados aún por nuestras artificiales necesi-

dades, gentes libres a quienes nadie obliga a aumentar la producción diaria. Si se nos cierra el Kafiristán, podremos atravesar la India, tomar la nueva carretera de Birmania y vivir con los Lolos del Tíbet oriental. Cuando haya recogido nuevos datos sobre aquellas tribus, seré admitida, al fin, en la cofradía de los etnógrafos. Entonces todo será magnífico: perteneceré a una organización, mi oficio será el de trotamundos, y ya no volveré a sentir la tentación de escribir libros para ganarme la vida.»

Al conjuro de estas palabras, una fuerza había surgido dentro de mí, para dar consistencia a un proyecto, ya tan maduro, que se imponía por sí mismo: diríase el truco del mango¹.

Al fin, Cristina pudo meter baza:

—Cuando vivía en Teherán, estaba siempre deseando ir más hacia el Este, donde no se han abolido todavía las costumbres tradicionales.

Su voz me reintegró al presente. La miré con frialdad. Aunque no estaba aún restablecida del agotador tratamiento a que había estado sometida durante varios meses, su mirada era sana y resuelta. Traté de frenar el nuevo ímpetu utilizando los primeros argumentos que me pasaron por el magín.

—Mire, cuando me pongo a hablar así, pierdo la cabeza. A menos que engorde usted diez kilos, no hay que pensar en exponerse a esas fatigas. Y, ante todo, ¿quién correrá con los gastos? Además, de uno u otro modo, la guerra no tardará en estallar... y si no estalla, probablemente me iré a Estados Unidos en gira de conferencias.

No mencioné el obstáculo principal: suponiendo que Cristina estuviese restablecida del todo, ¿cuánto tiempo

1 El truco del mango es un popular juego de ilusión indio en el que se hace creer al espectador que un árbol de mango crece a partir de una semilla en cuestión de segundos (N. del E.)

podríamos soportarnos mutuamente? Se calló, aunque es probable que hubiera adivinado mi pensamiento. Alta y delgada, su mano, de articulaciones amarillas bajo una piel de papel de seda, sostenía un cigarrillo americano. Estaba sentada en la banqueta; el pecho hundido, los brazos rodeando las rodillas levantadas, el cuerpo de adolescente inclinado hacia la gran estufa de mayólica que ocupaba un ángulo de la habitación. Sin esta tensa presencia, la vieja mansión silenciosa habría sido confortable, mientras el ventarrón silbaba en el exterior; en esta casa rural de desnudas paredes de alerce, cuyos óvalos de vetas rojas recuerdan un muaré sedoso, paredes y mesa eran lisas, limpias y agradables al contacto de la mano que se alargaba impaciente hacia ellas.

Aunque inmóvil, Cristina no descansaba. ¡No descansaba nunca! Calmosa según su costumbre, su rostro descolorido era un símbolo que yo trataba de descifrar: exento de toda afectación, era un rostro *sencillo*, quiero decir, natural, sin *pose*, sin preocupación de sí misma. Bajo el volumen de la corta melena, la cabeza parecía demasiado grande, excesivamente llena de ideas para una nuca tan frágil. La frente no era alta, pero siempre impresionaba por su masa, su densidad, su resolución, próxima a veces a la terquedad.

Yo no ignoraba que tras aquella frente podían surgir nobles pensamientos, que habían vencido una especie de obsesión que yo no lograba aún definir. Los ojos, separados, tenían matices que iban desde el gris hasta el azul intenso, bajo espesas cejas más oscuras que el cabello. En la mirada se revelaba un alma enamorada de la belleza y que, herida con frecuencia por las discordancias del mundo, tendía a replegarse sobre sí misma; el entusiasmo podía hacer fulgurar aquellos ojos, y también el afecto y el amor; correspondían a mi sonrisa, pero jamás los

vi reír. Al observarla con atención, la nariz sorprendía por su robustez: señal de que la constitución de Cristina no era quizá tan endeble como parecía a primera vista. Melancólico el modelado de la boca pálida e irregular, cuyos labios aspiraban el humo con voracidad silenciosa. (Los tintes sombríos de sus dientes se intensificaban —me lo había dicho ella— siempre que su vitalidad sufría un descenso.) La barbilla, pequeña y singularmente joven, evocaba la imagen de un niño sorprendido e inquieto, a punto de pedir auxilio. Las manos eran las de un artesano paciente que sabe labrar una línea pura: la he visto colocar, una tras otra, siete hojas blancas en la máquina de escribir, antes de que un párrafo consiguiera la forma holgada y perfecta, única capaz de satisfacerla. Escribir era el único rito de su vida: a él lo subordinaba todo.

Su impasibilidad aparente procedía, claro está, de su afán por la forma impecable: no habría podido exhibir a la luz del día un rostro agitado como el mío. Debido tal vez a aquella serenidad aparente, un amigo común solía llamarla “el ángel caído”. De su cuerpo afinado y de su cara pensativa, iluminada por la palidez de la frente, emanaba un encanto que obraba infaliblemente sobre aquellos a quienes atrae la trágica grandeza del andrógino.

Resuelta a disipar mis temores, dijo:

—No, Kini. Debo partir. No hay esperanza si sigo en este país donde ya no encuentro ayuda, donde he cometido demasiados errores, donde el pasado es una carga excesiva para mis espaldas. Había pensado marcharme a Laponia, pero preferiría infinitamente ir con usted a Afganistán. ¿Ve? Aún no he aprendido a vivir sola. En cuanto a la exploración, no es necesario que la acompañe a las montañas. Usted es amiga de los Hackin, y tal vez pueda yo ayudarlos, si están allí excavando. Ya sabe que he trabajado con arqueólogos en Siria y Persia.

Tras una breve pausa, prosiguió:

—Mi salud la preocupa y es cierto que estoy débil, pero usted no conoce mi constitución. Pregunte a los doctores: mis convalecencias son inexplicables. Le prometo que esquiare todos los días en vez de fumar tanto, así aumentará mi apetito, comeré mejor y ganaré peso. En cuanto al dinero, nuestros editores nos ayudarán. Precisamente acabo de terminar mi último libro, y me darán un anticipo a cuenta del relato de nuestra excursión por Afganistán. Además, el *Geographical Magazine* nos apoyará, estoy segura...

Y, con voz más baja y ahogada, añadió:

—Tengo treinta años. Esta es una última oportunidad para corregir mi modo de vida, una última tentativa para disciplinarme. Este viaje no será una escapatoria loca, como si fuésemos veinte años, y, por otra parte, esto sería imposible con la actual tragedia europea. Será un viaje de estudio que nos ayudará a lograr nuestro objetivo: convertirnos, al fin, en seres conscientes, capaces de responder de sí mismos. Se me ha hecho insostenible eso de vivir al buen tuntún... ¿Cuál es la causa, cuál es el significado de este caos que está minando a los hombres y a las naciones? Y luego... en fin, algo debe de haber a lo que pueda yo destinar mi vida; una idea, una finalidad por la que pueda morir contenta, o vivir. Kini... ¿cómo vive usted?

—Óigame bien, Cristina. Seamos prácticas. Acordamos, hace ya mucho tiempo, en que, antes de querer comprender nada, teníamos que procurar comprendernos mejor a nosotras mismas. Y dedujimos que el caos que nos rodea va ligado al caos que hay en nosotras. Pero, ante todo, usted debe reponer sus fuerzas, para no estar siempre a merced de su salud. ¿Está dispuesta, durante los meses próximos, a dedicar su maravillosa energía a

la tarea de construir un cuerpo nuevo para sus nervios regenerados? ¿Dispuesta a no seguir preocupándose de problemas que aún no puede resolver? No me diga *sí* para tranquilizarme: considere, se lo ruego, lo que se debe a sí misma. Por ejemplo, ha dicho repetidamente que lucharía contra Hitler con todas sus fuerzas, desde el momento en que estalle la guerra; pero ¿qué hará si, cuando llegue este momento, no es usted sino una sombra?

Trataba de dar a mi voz la mayor autoridad posible. Pero sabía el tormento que fermentaba detrás de las palabras tranquilas de Cristina. Por eso, desde lo más hondo de mi ser, donde la vida secreta y densa fluye con regularidad y sin trabas, balbucí una invocación silenciosa: «¡Ojalá pueda ayudarte, impaciente Cristina, tan extenuada por las limitaciones de la humana condición, oprimida por la falsedad de la vida, por la parodia de amor de la que tanta ostentación se hace por doquier! Si viajamos juntas, que me sea permitido no faltarte nunca, que sea mi hombro lo bastante firme para sostener-te. En la superficie de la tierra, por donde he viajado ya, volveré a dar con el camino que debemos seguir; y ojalá que lo poco que he descubierto en mi interior, donde tanto tiempo hace que me estoy planteando problemas parecidos a los tuyos, pueda ayudarte a vivir hasta que tú encuentres aquello que uno tiene que encontrar por sí mismo».

LA PARTIDA

Silvaplana, en la alta Engadina, fue el trampolín desde el cual nuestra imaginación saltó hacia el sudeste, hasta las más grandiosas vertientes de Asia. Pero donde tomamos realmente el impulso fue en el collado de Simplon: desde él, zigzagueando, torciendo el vuelo, precipitándonos en barrena por el flanco de la montaña y atravesando un tenebroso desfiladero, salimos a tierra extranjera.

Manchones de nieve minados por la caricia de un viento suave salpicaban las laderas grisáceas de los cercanos pastos; nada de tráfico, ni el menor ruido en esta carretera agarrotada todavía entre dos murallas de barro blanquecino y goteante. A centenares de metros, en línea vertical bajo nuestros pies, un tren recorría probablemente los veinte kilómetros del largo túnel. ¡Cuánto mejor estábamos en este collado, inmóviles, sobre la divisoria entre las tierras llanas y las altas regiones, entre la Europa meridional y la central, entre el encanto de la cálida latinidad y la pesadez de la reserva germánica, admirando una frontera natural que los políticos jamás podrán alterar!

Detengámonos un momento. Antes de dirigir una última mirada a Suiza, evoquemos algo de lo que dejábamos atrás en aquel 1939. Nuestro adiós se dirigía también a París, Londres y Berlín, las urbes monstruosas, vibrantes con su estruendo incesante. Formaban el telón de fondo de nuestro mundo, un mundo que sabíamos estaba condenado. Hasta que aquello sucediese, deberíamos proseguir nuestros esfuerzos, porque comprendíamos que eran menos fútiles que cualquier otra actividad.



El camino cruel, el libro de Ella Maillart que tiene en sus manos, vuelve a ver la luz exactamente sesenta años después de que apareciera por primera vez en España de la mano de la mítica editorial Labor. No hacía tanto que fue escrito, pero hoy nuevas generaciones de viajeras y viajeros siguen extrayendo de él el perfume de las grandes aventuras y el espíritu indomable de quien supo hacer hermoso el desafío de vivir.

COLECCIÓN FUERA DE SÍ

*Un paseo literario por el mundo a través
de autores y viajeros de hoy.*

CO#1

Paisajes del mundo

JAVIER REVERTE

CO#2

El cuerno del elefante

PACO NADAL

CO#3

Postales del joven Moss

ALEXANDER BENALAL

CO#4

El camino cruel

ELLA MAILLART

COLECCIÓN SOLVITUR AMBULANDO

*Clásicos de la exploración y el viaje para volver a
recorrer el mundo con una mirada actual.*

CL#1

Por el Himalaya

FRANCIS YOUNGHUSBAND

CL#2

Viajes y paisajes

MIGUEL DE UNAMUNO

COLECCIÓN VIAJES LITERARIOS

*Rutas literarias por los escenarios reales o imaginados
de los más atractivos escritores y viajeros.*

VL#1

El Oriente de Joseph Conrad

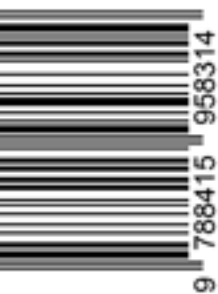
SALVADOR SEDILES

VL#2

Paseos por Londres

VIRGINIA WOLF

ISBN:
978-84-15958-31-4



La mujer a la que me refiero va vestida con botas de piel de cordero, enguantada en manoplas; su piel quemada por los vientos de montaña y el aire del desierto; que explora regiones inaccesibles de la tierra en compañía de chinos, tibetanos, rusos (...) Esta mujer es Ella Maillart.

PAUL MORAND

El camino cruel es el mejor relato de una escritora y aventurera extraordinaria: Ella Maillart. Cuenta un viaje memorable realizado en los albores de la II Guerra Mundial con destino a Kabul y en compañía de la escritora y arqueóloga Annemarie Schwarzenbach, uno de los personajes más fascinantes de esa Europa encenagada de angustia que camina hacia el desastre.

Las dos amigas se embarcan en un largo periplo en coche desde Suiza a Afganistán, con el objetivo de buscar a la tribu afgana de los Hackin, atravesando Yugoslavia, Bulgaria, Turquía, Estambul, Trebisonda, Armenia, Persia, Teherán, Azerbaiyán, Afganistán, Herat y Kabul como fin de su fabulosa aventura. Pero es un viaje más psicológico que geográfico, una oportunidad de salvar de sí misma al «ángel caído», como había bautizado Thomas Mann a Annemarie, pues «había escogido el camino cruel de la tortura», el de la adicción a la morfina. Y en el fondo, una huida del gran conflicto bélico, porque «en Occidente todo el mundo parecía tan extraviado como yo».

Es la sexta vez que viaja a Asia y según el gran viajero también suizo, Nicolas Bouvier, este largo periplo de seis meses, se decanta en su relato más feliz. Ni las crisis de Schwarzenbach, a quien se refiere en el relato como *Cristina*, ni el remordimiento de escapar a la guerra, minan un talante sereno que busca a la «gente que aún sabe vivir en paz», como responde a Carl G. Jung cuando éste le formula la gran pregunta: «¿Por qué viaja?». Ella Maillart, una de las grandes viajeras de su generación, muestra en estas páginas lo mejor de sí misma y nos obsequia con uno de los grandes relatos de viaje del siglo XX.

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones